NUBECITA DE VERANO

COMEDIA

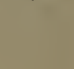
en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

ANTONIO CALERO ORTIZ

Estrenada en el TEATRO INFANTA ISABEL el 29 de marzo de 1919

MADRID



MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.°
TELÉFONO, M 551
1919

Al simpático niño

Arturito Serrano,

como testimonio de simpatía.

Su afectísimo,

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MERCEDES	María Luisa Moneró.
LOLA	Nieves Suárez.
CARMENCITA	Carmen Posadas.
ROSARIO	Carmen Cachet.
RAFAEL	Rafael Ramírez.
PEPE	José G.ª Aguilar.
DON CRISTÓBAL	Enrique Navas.
DON ONOFRE (1)	Francisco Alarcón.
CÁNDIDO	Francisco Pierrá.
ANTOÑICO	Antonio Estévez.

La acción, en una casa de recreo, en la costa de Málaga.

Derecha e izquierda, las del actor.

(1) Conste mi agradecimiento para con el Sr. Alarcón por haberse encargado de un papel inferior a su categoría.



ACTO PRIMERO

La escena representa la entrada de una casa de recreo situada en la carretera de Málaga a Cádiz, a un cuarto de hora de camino del pueblo llamado Fuengirola (precioso rinconcito de la costa de Poniente). Al foro, una gran portada, formada por dos pilares de ladrillos encarnados unidos en sus extremos por un arco de hierro, el cual sostiene un rótulo, en la misma dirección del arco, que dice: «Villa Mercedes», pero que desde el público se leerá a la inversa. Esta portada tiene sus puertas de hierro, que aparecerán abiertas. Las tapias que circundan la escena están materialmente cubiertas de enredaderas y campanillas azules. A la derecha, la entrada de un caprichoso hotelito, con su pequeña escalinata. La parte de la izquierda se supone continuación del jardín. Distribuídas por la escena sillas, butacas, vis a vis; todo de mimbre. Tiestos de flores en abundancia, que den a la escena el mayor ambiente de alegría posible. Estamos al mediar la mañana de un día del mes de Julio.

—

Car. (Muchacha de quince años, sale por la izquierda.) Ya está el senador listo, que es el primer rinconcito por que pregunta el señito Cristoba cuando viene; la manzaniya, puesta a refrescá, y er suelo regaíto y limpio... Ahora mis flores... (Con una regadera que trae en la mano empieza a regar los tiestos que hay en escena. Por lo alto de la tapia de la derecha aparece ANTOÑICO, muchacho de unos dieciocho años, que bebe los vientos por Carmencilla.)

Ant. ¡Carmencilla!... ¡Carmencilla!... Mu güenos días...

Car. ¡Hola, Antoñico!... ¿Aonde vas tan trempano?

Ant. A peírte un favó.

Car. ¿Un favó?... ¿Cuá?

Ant. Pus que acabo de cogé esta rosa, porque me parecía que no estaba muy a gústo en su rama, y pa que la probecilla esté más contenta quisiera que te la pusieras tú entre er pelo. (Echándole la rosa.)

Car. (Cogiéndola y poniéndosela entre el pelo.) Si no es más que eso, ya estás servío.

Ant. ¡Dios te lo pague, Carmencilla!... Si ahora mismo supiá yo que toas estas campaniyas tenían badajo, tiraba de la enreaera pa que repicaran a gloria.

Car. ¿Por qué?

Ant. Por haberte visto... ¡Si tú supieras las ganas que yo tenía de que me diera el só en la cara!...

Car. Pos como no haigas atrávesao la carretera en coche, dende tu casa hasta aquí has tenío tiempo pa achicharrarte.

Ant. Sí; pero no es ese só el que yo busco... El que yo busco es el de unos ojos que cuando me miran me derriten, y cuando no me miran me matan.

Car. Ya sé yo qüién es el ama de esos ojos.

Ant. ¿Sí?...

Car. Sí; me lo dijo ayer el zagá de la diligencia.

Ant. ¿Qué te dijo?

Car. Que estás tú chalaíto perdío por la hija der cabo de los civiles...

Ant. ¡Amos, quita!... Esas son gromas del chavea ese, que echa más embuste que aceitunas un olivo el año que viene la cosecha güena. El ama de esos ojos que cuando me miran me derriten y cuando no me miran me matan eres tú, Carmencilla...

Car. ¿Yo?...

Ant. ¡Tú!...

Car. ¡Ay, qué alegría más grande me acabas de dar, Antoñico!... ¡Con las ganas que yo tenía de que un hombre me dijera toas esas cosas que tú me estás diciendo!...

Ant. Pos eso no es na pa las que te tengo que decí en cuanto yo sepa de cierto que tú me quieres...

Car. ¿Pero toavía no lo sabes?...

Ant. ¿Cómo lo vi a sabé, si tú no me lo has dicho?

Car. ¡Ay, hijo mío, qué torpe eres!... ¡Pero si eso que tú m'has dicho ahora, te lo he dicho yo con los ojos, lo menos cincuenta veces!...

Ant. ¿Sí?... ¿A vé?... Dímelo una vé por la salú tuya... (Carmencilla juega los ojos coquetonamente.) ¡Carmencilla, dirle a tus ojos que se callen una mijiya, mientras yo me bajo de aquí; porque si no, ví a perdé el equilibrio. (Desaparece de la tapia.)

Car. ¡Llevo tres noches sin dormí, pensando si se me declara u no se me declara, y... ya s'ha declarao!... Es decí, yo no sé si ha sío él u he sío yo el que s'ha declarao... Pero la custión es que ya es mi novio...

Ant. (Desde la puerta.) ¿Puó entrá?...

Car. Un ratiyo mu chico na más...

Ant. (Entrando.) ¿Está tu pare?

Car. No; mi pare s'ha dío a Málaga ayer tarde, y me parece que no va a tardar mucho en vení, porque enganchó la carretela con las ocho jacas pa traé a los señores, que vienen a veraneá, como tóos los años.

Ant. Entonces puó está tranquilo; porque cuando venga ya mos avisarán las campanillas.

Car. ¿Esas? (Por las de la enredadera.)

Ant. No; las de las jacas.

Car. Güeno; pero es que ahí dentro está mi mare y esa no avisa con campanilla.

Ant. Güeno, vamos a vé. ¿Tú qué piensa que me dirá tu mare si yo le digo que me gustas más que el pan frito, que te quiero más que a las niñas de mis ojos, y que o me caso contigo, o le pego fuego a la má?

Car. Pus a mí me parece que lo primerito que te va a preguntá es que con qué cuentas... pa comé.

Ant. Con los deos, ¡miá tú ésta!... ¿Con qué cuentan los pajaritos, y son felices?

Car. ¿Pero es que tú m'has tomao por un chamarín?... Porque yo tampoco quió casarme con un hombre que no tenga porvení.

Ant. ¡Pero si yo lo tengo!

Car. ¿Sí?...

Ant. ¡Anda!... ¡Y mucho mejón de lo que tú te puas pensá!... Mira: yo tengo ahora diez y ocho años y medio menos seis meses; de aquí a un mes siento plaza y me hago sor-

dao; cuando me toque la quinta, ya estoy casi pa cumplí; tomo la licencia y me meto a carabinero. ¿Qué te parece?

Car. A mí mú bien; díseselo asín a mi mare a vé lo que te responde.

Ant. En cuantito que la encuentre sola, se lo digo.

Lola (Hermosa mujer de treinta y cinco a treinta y seis años, madre de Carmencilla. Se la conoce en el contorno por el sobrenombre de Lola la Guapa, y el mote está justificadísimo. Viste traje blanco de percal, los brazos desnudos hasta el codo; pañolillo de talle de Manila, delantal y flores a la cabeza. Saliendo por la derecha dice.) Oye, Antoñico, ¿no te parece demasiao temprano pa que vengas a queré pelá la pava?

Ant. ¿A pelá la ..?

Car. (Anda, díseselo ahora.)

Ant. (No, ahora, no; cuando esté sola.)

Car. (¿Me voy yo, pa que se lo digas?)

Ant. (Si te vas tú, tampoco está sola; está conmigo.)

Lola ¿Qué es lo que me tenías que decí?... ¡Vamos a vé!

Ant. No, si no era ná...

Car. Sí, hombre; dirle lo der carabinero.

Lola ¿Qué carabinero es ese?

Ant. Na, er carabinero ese, Juanico Matute... Ese que está de punto ahí en la playa, que anoche le preguntaba a mi padre que si sabía quién tuviera semilla de una fló .. Una fló que ahora mismo no m'acuerdo cómo se llama, pero que yo sé que osté la tiene. Y me dijo mi pare: Allégate a la Villa Mercedes, a vé si la señá Lola tiene, y te quié da una poquita.

Car. (¡Cobarde!)

Lola (¡Te veo!) Po dile a tu padre que esa fló que tú buscas, que es ésta, (Por su hija.) sí que la tengo. Pero que la guardo pa el recreo de mi casa. ¿Te enteras?... Y no la estoy criando pa el hijo de un peón caminero, sin oficio ni beneficio. ¿T'has enterao?

Car. ¡Pero si va a sé carabinero!...

Lola ¡Aunque sea guardia civil!... ¡Ya te estás plantando en mitá e la carretera, y que no te güerva yo a vé más por aquí!... ¿Tú t'has creío que mi hija es un camaleón, y te

quiés casá con ella, pa que se mantenga del aire?

Ant. ¡Me caso con la má!...

Lola Con la má pué sé que te cases; pero lo que es con mi hija, que te se quite a ti de la cabeza... ¡Arsa pa fuera!...

Ant. ¡Hoy le pego fuego... a la má!... (Vase foro.)

Lola ¡Y como llores, te pongo la cara como nuestro Padre Jesús del Gran Poder!...

Car. ¡Maldito sea el demonio!... ¡Que no puá una tener ná!...

Lola ¡Digo, le paece asté el renacuajo!... ¡Toavía con el cascarón corgando y ya pensando en novio!... Dale gracias a Dios que he sío yo la que t'ha cogío; que si llega a ser tu padre, te pone la cara morá como un lirio!.. ¿Pa qué quieres tú er novio?... ¿Qué ibas tú a jasé con er novio?

Car. Como era el primer día de relaciones, toavía no habíamos pensao en hacer ná.

Lola En lo primero que tienes que pensá es en aprendé la jasiendas de la casa; y luego, cuando te se arrime un hombre, que sea un hombre completo... ¿Pa qué vas a jasé caso de medios días, habiendo días enteros? .. ¡Y sobre tó, que no tienes más que quince años y es mu pronto pa que pienses en quebraeros de cabeza!

Car. A esa edá se casó usté con mi padre.

Lola Yo pude hacerlo porque soy tu madre... Y además; que no creo que vayas a compará a tu padre con ese monigote... ¡Tu padre ha sío el mejor mozo que s'ha paseao por las calles de Málaga!... ¡El primer día que salí yo del brazo con él iba más orgullosa que Cristóbal Colón cuando descubrió la Habana... Hazme er favó de limpiarte esas lágrimas, que tu padre no tardará, y si te conoce que has llorao, y yo le digo la causa der llanto, vamos a tené la de Dios es Cristo...

(Se oye ruido de campanillas, que irá creciendo rápidamente.)

Car. ¡Ya suena er coche!

(Salen las dos.)

Lola ¡Ellos son!...

Car. Ya vienen subiendo la cuesta...

Lola Ya se ve a la señorita Mercedes.

Car. Y a don Cristoba... ¡Viene más gente!...

Lola Algunos amigos que traerán convidaos...

Car. ¡Ví a recibirlos!...

(Salen las dos a buscar a los viajeros. El campanilleo arrecia, como si llegara el coche junto a la puerta. Se oye la voz de Rafael templando a las bestias.)

Raf. (Dentro.) ¡Eh!... ¡Pitusa!... ¡Tordilla!... ¡Güeno. güeno!...

(Fuerte sacudida en las campanillas, como si parara el coche. Oyese algazara, besos, frases cariñosas, etc. Por el foro entran MERCEDES, DON CRISTOBAL, DON ONOFRE, ROSARIO, CANDIDO y RAFAEL.)

Lola ¡Bendito sea Dios, y qué reteguapísima viene osté, señita Mercedes! (Besándola.)

Mer. ¡Gracias, mujer!... Tú, como siempre, acreditando tu mote.

Cris. ¡Salú por esta casa!...

Onofre ¡Dios guarde a la buena gente!

Lola ¡Y que asté lo bendiga!

Ros. ¡Buenos días!

Cánd. ¡Salú y pesetas!

Lola ¡Bien veníos tós!

Cris. Están ustedes en su casa: libertá completa; a quitarse cada uno lo que le estorbe, y a sentarse un ratito, mientras descansamos un poco.

(Mercedes y Rosario se quitan los guardapolvos, que recoge Carmencilla y entra con ellos en el hotel, saliendo en seguida. En segundo término se sientan formando un grupo Mercedes, Rosario y Cándido. En primer término don Cristóbal y don Onofre. Lola queda de pie.)

Ros. No ha sido viaje para cansarse.

Cánd. Aunque hubiera durado una hora más no me hubiera pesado.

Onofre ¡Y eso que la carretera está un poco estropeada!

Mer. ¡Ven acá, tú, Carmencilla!

Car. En seguía, señorita. (Se acerca al grupo.)

Raf. (Entrando.) Me van ustedes a permitir una libertá: que le dé un abrazo a mi mujé... Es mi costumbre siempre que me voy o vengo. (La abraza.)

Cris. Puedes permitirte todas las libertades que quieras; te damos permiso hasta para que la beses...

Lola ¡Don Cristóbal, por Dios, que esas cosas no deben hacerse delante de la gente!...

Car. La veo asté triste, señita Mercedes.

Merc. El cansansio del viaje y la madrugada.

Car. Pué que sea eso.

Onofre Rafael, le felicito por su media naranja.

Lola ¡Muchísimas gracias!

Raf. ¡Como que es una media naranja de grano de oro!

Onofre Sí, señor; es lo que se llama una mujer verdaderamente guapa.

Cris. Así le llaman por mote en todo este contorno: «Lola, la guapa».

Onofre Y el mote está justificadísimo.

Raf. Se agraece el cumplío.

Lola ¿De dónde es este caballero?

Raf. (Yo creo que no es españó.)

Cris. (A Rafael.) ¿Has mandao desenganchar el coche?

Raf. En eso está Joseíllo.

Cris. Ahora voy a presentarles a mi ama de gobierno. Lola, te presento al señor don Onofre del Prado y sus hijos Rosarito y Cándido. Intimos amigos nuestros desde hace... lo menos dos horas, ¿verdad?...

Ros. Quizá no llegue a ese tiempo.

Cánd. Nos hemos hablado por primera vez cuando nos invitaron a subir al coche en plena carretera.

Lola ¿Entonces, ustedes venían?... ¡Ay, ustedes dispensen, que iba a preguntar un disparate!...

Merc. Alguna ocurrencia tuya tiene que ser, Lola.

Cris. ¡Y como suya, graciosa!

Onofre Yo le suplico que la diga.

Ros. Y nosotros también.

Lola Ya, no; porque he caío en ello.

Raf. Dila, mujé.

Lola Pero si es una tontería...

Cris. Precisamente por eso.

Lola Pus na, que como dijo el señorito que se habían hablao por primera ve cuando los convidaron a subir al coche en plena carretera, iba a preguntá si los señores venían andando. ¡Ya ven ustedes si es tontería!

Onofre Y cualquiera hubiera pensado lo mismo antes de saber el percance que nos ha ocurrido!

Lola ¿Grave?

Cris. No; el señor, que en compañía de sus hijos

iba a Marbella, donde tiene una casa de recreo, hacía el viaje en un automóvil de su propiedad...

Raf. Pero entre Torremolinos y la Carihuela tiene el coche una avería, y de golpe y porrazo se encuentran a pie y con dos caminos pa escogé: o siguen andando pa alante, o se vuelven andando a Málaga, porque lo que es en Torremolino no hay donde pueda hospedarse una persona ni dos horas.

Onofre Los señores nos invitaron a tomar asiento en su coche, y el nuestro fué remolcado por una yunta de bueyes hasta un taller de reparaciones que casualmente hay en Torremolinos, donde no sé el tiempo que tardarán en repararlo.

Merc. Tiempo que pasarán en nuestra compañía, y disponiendo de esta casa, como mejor les parezca.

Ros. Y causando a ustedes mil molestias.

Lola Molestia, ninguna; tó lo contrario.

Cris. Y fíjese usted quién lo ha dicho. ¡Y palabra que dice mi hija, no hay quien la rebata en esta casa! Es la única hija que tengo, el espejo de mi cara, el ángel tutelar de mi casa, y en ella tengo puestas todas mis ilusiones.

Onofre ¡Justificadísimo!

Merc. (A Carmencilla.) ¿No tienes ningún secretillo que confiarme?

Car. Uno mu chiquititiyo.

Merc. Venga de ahí.

Car. Luego se lo contaré.

Cánd. Usted no quiere ser franca conmigo, Merceditas.

Merc. ¡Qué empeño en no quererme creer!

Cánd. Confíele usted el secreto a mi hermana, si es que a mí no se atreve.

Merc. ¡Pero si no estoy triste!

Cris. Dos horas hace que se conocen y parecemos todos de la misma familia.

Raf. Simpatías que nacen.

Onofre ¡Justificadísima!

Lola ¿Y ha sío mucho la avería del artomóvi?

Onofre La rotura de una pequeña pieza en el motor.

Cris. Lo suficiente para trastornar un viaje.

Raf. Por eso no me gustan a mí esos bichos...

Con un artomóvi, por güeno que sea, no pué usté decí ahora mismo: «dentro de dos horas estoy en Málaga.» ¡Y misté que estamos cerca; porque a lo mejó le pasa lo que le ha pasao hoy, y tié osté que dejarlo abandonao o echárselo a cuestas. ¡Y eso, con un buen coche como el suyo!

Onofre ¡Ya lo creo!... ¡Con un motor de veinte caballos!

Raf. ¡Veinte!... Pos yo engancho ahora mismo la carretela con las ocho jacas; arreo, y ví a suponé que en el camino se me pone mala una, o dos; las quito, las meto en cualquier parte, y con las otras seis llego a onde vaya. Pero usté sale con su coche de veinte cabayos, y como se le estropee uno, ya no hay Dios que le haga andá a los diesinueve restantes. ¿Estamos o no estamos?...

Onofre ¡Justificadísimo!

Cris. ¡Eres el rey de la lógica, Rafael!

Raf. No es lógica, señó: es prártica.

Lola ¡Y talento!... ¡Ese no hay quién te lo niegue!

Cánd. ¡Y una habilidad pasmosa para guiar el coche; lleva el látigo, por llevar algo, porque no les toca a los caballos ni al pelo.

Raf. Señó, si a los cabayos no hay que tocarles al pelo; aonde hay que tocarles es al amor propio, porque también lo tienen, aunque parezca mentira.

Onofre Lo justifico; había que ver esas dos jaquitas delanteras...

Cris. La Pitusa y la Tordilla.

Lola ¡Ya lo creo, como que son dos monerías!

Ros. Cuando subíamos la cuesta de Carvajal daba gusto verlas cómo se animaban con la conversación que les traía el señor Rafael...

Cánd. Sobre todo, cuando soltándoles las riendas les decía aquello de: «¡A ver, Pitusa!... ¡Tordilla!... ¿Dónde está la vergüenza de los caballos?»... ¡Había que ver cómo ponían las orejas de punta y trotaban carretera arriba como si tuvieran alas!

Onofre No cabe duda que son los caballos de más vergüenza que yo he conocido.

Raf. ¡Señó, si s'han criao conmigo!... De tal palo, tal astilla.

Lola ¡Tienes la sal por arrobas, hijo de mi alma!

Raf. No me piropees, que no estamos solos.

Onofre ¡Veo con verdadero placer que son ustedes un matrimonio modelo!

Cris. ¿Estos?... Llevan dieciocho años de casados y están más enamoraos que el día de la boda. En fin. ¡Han tenío diez hijos!... Usted calcule.

Onofre ¡Diez!...

Lola Sí, señó; dies.

Raf. Y proyertando.

Onofre Es decir, esperando el de once.

Raf. U el de doce; porque ésta a lo mejó me regala un par de gemelos pa los puños.

Lola Van ustedes a lograr que se me suba el pavo...

Cris. Nada de eso, Lola; todo lo que se está hablando es muy natural.

Raf. Yo creo que en nosotros nacen ya los hijos por simpatías. Hay veces que nos sentamos uno en frente del otro, pero a distancia; nos miramos tres veces seguías, y al día siguiente ya la tié usté con antojos y mareos.

Onofre ¡Graciosísimo!... Tendría gusto en ver esa decena de chicos.

Lola No podrá usté ver más que dos; se han muerto seis; tengo en Málaga dos, en un colegio interno.

Cris. Y aquí los dos mayores; ese mocito que se ha quedao desenganchando el coche y esta rosa de pitiminí. Ven acá, Carmencilla... Y ustedes, niños, basta ya de secretito, que parece que están ustedes conspirando. (Carmen se acerca.) Aquí la tiene usté: ¿es una rosa o no?

Onofre ¡Preciosa muchacha!...

Car. ¡Muchísimas gracias!

Onofre Aquí, aquello de: «de tal palo, tal astilla», está justificadísimo. (Comparando hija y madre.)

Lola ¡Muchísimas gracias!

Cris. (A Mercedes.) ¡Que no quiero verte triste!

Merc. ¡Pero si no estoy triste!

Cris. A ver, Lola; prepara en el senador, que estará fresco, unas botellitas de manzanilla para humedecer las gargantas y quitarnos el polvo del camino.

Car. Ya está puesto a refrescá.

Cris. Le advierto a usté que es mi refresco favorito.

Raf. ¡Y el mío!

Onofre Yo lo agradezco como si lo tomara; pero el alcohol no puedo ni olerlo.

Lola Osté no es malegueño.

Onofre No, señora: soy de Huesca.

Raf. (¡Ya decía yo que tenía cara de extranjero!)

Lola ¿Y el señorito, también es de esa tierra?

Onofre No; mi hijo ha nacido en Badajoz.

Merc. ¿Y Rosarito también?

Onofre No, señora; esta es hija de Don Benito...

Raf. Algún amigo suyo...

Todos ¡Ja, ja, ja!...

Cris. ¡Hombre, no has estao pesao!...

Onofre No, señor; es hija mía.

Merc. ¡Rafael, por Dios!... ¡Que Don Benito es un pueblo de Extremadura.

Raf. Inconvenientes de no saber ortografía.

Cris. Vaya, vamos al senador a refrescar un poco. Tú, Lola, con tu hija, vé preparando el almuerzo, que los estómagos se resienten de este ayuno. Rafael nos servirá la manzanilla. (A don Onofre.) Usted puede pedir lo que más le guste; zarzaparrilla, limón, naranja, gloria que se le antoje le será servida.

Onofre ¡Obligadísimo!

Cris. ¡Vamos, niños!...

Merc. Papá; yo, con permiso de los señores, quisiera quedarme un momento. Quiero explicar a Lola la receta de un nuevo postre para que nos lo sirva esta tarde

Cris. Está bien.

Cánd. Hasta ahora.

Merc. En seguida soy con ustedes. (Vanse por la izquierda Rosario, Onofre, Cristóbal, Cándido y Rafael.) Lola, quisiera hablar a solas contigo.

Lola Ya he comprendido que algo tiene usté que decirme, y que una pena muy honda guarda usté en su corazón. Carmencita, vé arreglando el cuarto de la señita Mercedes, y luego prepara la mesa; ya sabes los cubiertos que hay que poné. En seguía voy yo también.

Merc. Llévate esto a mi cuarto, Carmencita.

Car. (En cuanto la pille sola le cuento lo de Antoñico.) (Vase por el hotel, llevándose el saco de mano y demás utensilios de viaje.)

Lola Desde que ha entrao osté por esa puerta he notao en su cara una tristeza que no me acierto a explicá.

Merc. También mi padre la viene notando, aunque yo trato de ocultar mi pena. A él seguiré ocultándosela mientras pueda; a ti quiero confiártela, porque aparte de mi padre eres la única persona de confianza que tengo en este mundo.

Lola Se trata de alguna mala partía del señorito Pepe.

Merc. Sí; pero esta es de las que no tienen compostura.

Lola ¡Bah!... Nubes de verano como siempre... Luego sale el sol y a quererse con más fatigas que antes.

Merc. No, Lola; felizmente tú no sabes lo que duele la mala acción de un hombre a quien se quiere con toda el alma, como yo quiero a Pepe... Mejor dicho, como le quería; porque para mí ha muerto, o por lo menos yo debo hacerme esa cuenta.

Lola ¿Y cree usté que se arranca de un tirón un cariño de cuatro años?...

Merc. ¡Cuando no hay otro remedio, sí!

Lola ¡Qué equivocaíta estasté, señita Mercedes: Acuérdese usté del cantar...

Con tus partías, serrano,
me vienes dando martirio;
cuanto más daño me haces
aumenta más mi cariño.»

Merc. Sí; pero hay otro que dice:

«No me des tanto martirio,
mira que no soy de bronce;
que una piedra se quebranta
a fuerza de muchos golpes.»

¡Y eso es lo que me ha pasao a mí con Pepe! El me enseñó a querer, y él me ha enseñao a odiar. ¡Pero a odiar con toda mi alma!

Lola ¿Pero tan grave ha sío el disgusto?

Merc. Mira, Lola; de poco tiempo a esta parte, Pepe, no es el mismo que era para mí. Tú sabes que a mi padre no hay quien le quite sus visitas al Casino por las noches, donde está hasta las doce, o la una, jugando al tresillo. Como desde que murió mi madre, que en paz descanse, yo me quedaba sola con las criadas, para evitar murmuraciones en-

tre la gente de la vecindad, convinimos en que Pepe no entrara por las noches en casa; si no que hablara conmigo por la reja. Comprendió él la idea, y la aceptó gustoso, porque decía que ningún sacrificio le parecía grande, tratándose de mí... ¡Qué feliz me creí entonces con su cariño! ¡Para mí, no había más que él en el mundo! Para él no había más que yo! Hasta la luna nos estorvaba cuando salía!

Lola A mi Rafael, cuando hablaba conmigo por la reja, también le ertorvaba la luna... y el sereno.

Merc. ¡Cada mirada suya, era una promesa de amor! ¡Cada palabra; un poema!

Lola ¡Ay! ¡Y que los muy pillos las dicen de una manera, que le llegan a una hasta lo más jondo!

Merc. Ninguna noche se separaba de la reja, hasta que venía mi padre. ¡Las horas le parecían minutos! Cuando mi padre llegaba: «Buenas noches, Pepe.» «Buenas noches, don Cristóbal.» «Pelando la pava; ¿eh?» «Aquí apurando hasta el último cañón.» «Ea, pues si le queda alguna plumilla, dejarla para mañana.» «Como usted mande, don Cristóbal.» «Buenas noches.» «Buenas noches.» «Adiós, alma mía.» «¡Adiós, Pepe!» Esta era nuestra despedía, después de cuatro horas de palabras de cariño, miradas incendiarias, y suspiros entrecortados. ¡Y esto una noche, y otra, y otra! ¡Dos meses duró nuestro idilio por la reja! ¡Qué felicidad más corta! ¿Verdad? Hoy hace veinte días que se despidió de mí, con el mismo cariño de siempre, y esta es la hora en que nose ha vuelto a acercar por mi reja, sin que haya una causa que lo justifique.

Lola ¿Y don Cristóbal, no sabe na de esta tormenta?

Merc. Ni palabra; la primera noche que no le encontró a su llegada, me saludó como siempre, aunque algo extrañado de verme sola. «Buenas noches, hija mía.» «Buenas noches, papá.» «¿Y Pepe?» «Ahora mismito acaba de irse.» «¿Es que me he retrasao yo esta noche?» «No señor, pero él se ha adelantao una mijilla.» ¡Así cada noche me he

pasado cuatro horas en la reja, devorando la calle con los ojos, y regando con lágrimas las flores que me servían de compaña, para esperar a que viniera mi padre, y decirle lo de todas las noches; que Pepe acababa de irse!

Lola ¡Güeno; y aluego hay quién dice que pagan quemándolos! ¡Este, ni aventando las cenizas!

Merc. Hace tres días, recibí una carta suya, en la que para justificar su ausencia, me dice que le perdone; que una orden de su padre le le obligó a salir para el empalme, donde tienen la ganadería, con motivo de tentar unos becerros, y que volverá de un día a otro, aunque no puede precisar la fecha.

Lola Eso, pué que sea verdá; total, una calaverá propia de la edá que tiene. Un mes de juerga entre toreros y manzaniya.

Merc. Eso sería perdonable, si fuese cierto, Lola.

Lola ¿Qué motivos tiene usté pa no creerlo?

Merc. Este anónimo que recibí después de su carta, en el que me dicen: (Lee.) «Olvide usted a Pepe, con el que no será feliz nunca. Los días que falta de su lado, los pasa fuera de Málaga, y al lado de otra mujer, con la que tiene un hijo. Le aconseja, quien bien le quiere.»

Lola ¡Esas ya son palabras mayores!

Merc. ¿Comprendes ahora por qué digo que esta vez no tiene compostura? ¿Comprendes por qué ha muerto para mí ese hombre? Ahora te explicarás también, que hayamos venido este año quince días antes que lo de costumbre; para que cuando vaya, no me encuentre; cuando pregunte, ya están las criadas prevenidas de lo que han de decir; que este año veraneamos en San Sebastián. No quiero verle, para no tener el sentimiento de echarlo de mi casa, después de haberle querido tanto.

Lola Le advierto asté, señita Mercedes, que no se pué jasé caso de lo que digan la gente; y muchísimo menos, de los *amónimos*. ¡Los que m'han mandao a mí, cuando yo tenía relaciones con mi Rafaé! ¡Argunos, hasta firmaos! Pero yo, mardito er caso que les hacía. ¡Como que sabía que tó era envidia!

Merc. ¡Esto no es envidia, Lola!

(CANDIDO saliendo por la izquierda y trayendo en la mano una rosa.)

Cánd. ¿Es que quiere usted amargarnos el refresco con su ausencia, Merceditas?

Merc. ¡Por Dios, Candidito! ¡Que me confunde usted con un terrón de azúcar! Me entretuve más de lo regular, pero estoy pronta a enmendar mi falta. ¿Vamos?

Cánd. ¿Ya, para qué?

Lola Yo, con su permiso, voy a preparar el almuerzo.

Merc. Hasta luego, Lola. (Vasc Lola por el Hotel.)

Merc. ¿No opina usted que debo ir a acompañar a la familia?

Cánd. Si lo hace usted por huir de mí, sí.

Merc. Si lo toma usted en ese sentido, retiro lo dicho, y me quedo.

Cánd. Es que como parece le molesta que le asedie con mis preguntas.

Merc. No es que me moleste; es que se empeña usted en que le confiese el motivo de una tristeza que no existe.

Cánd. Está bien; respeto su silencio, sobre este punto, puesto que se niega usted en absoluto a decir palabra. (Huele la rosa que tiene en la mano.)

Merc. ¿Es usted aficionado a las flores?

Cánd. Mucho; por eso la busco a usted.

Merc. ¡Gracias'. . ¡Es una galantería de muy buen gusto!... ¿Se le ha ocurrido a usted?

Cánd. A mí, sí señora.

Merc. Le felicito.

Cánd. Gracias. ¿Y a usted no le gustan? (Aludiendo a la flor.)

Merc. ¿Las flores? ¡Con delirio! Ellas constituyen mi pasión favorita.

Cánd. ¿Quiere usted aceptar esta rosa?

Merc. Con muchísimo gusto la aceptaría, por ser suya; pero quiero a las flores demasiado, para maltratarlas.

Cánd. ¿Por qué la había de maltratar?

Merc. Porque como por el luto, no puedo llevar flores, había de concretarme a tenerla en la mano; y con eso no conseguiría más que marchitarla.

Cánd. Tiene usted una habilidad pasmosa, para eludir mis palabras. No puedo conseguir de usted nada absolutamente.

Merc. Porque pide usted cosas imposibles. Pídame algo fácil.

Cánd. Confíeme usted el secreto de sus amores. Me parece que eso...

Merc. Eso es más imposible, que todo lo que me ha pedido antes.

Cánd. ¿Por qué?

Merc. Porque no los tengo. El amor es un libro cuyo texto me da miedo. Dicen que hay capítulos muy pesados.

Cánd. En cambio hay otros muy golosos.

Merc. A esos les temo más todavía.

Cánd. ¿Por qué?

Merc. Porque puede una aficionarse tanto a la lectura, que se atrofien los sentidos.

Cánd. Según en la edición en que se lea; elija usted un ejemplar, con buen tipo de letra, y que lleve impreso en su texto las máximas más cariñosas.

Merc. Es muy difícil acertar. Son tantos los autores que han escrito sobre este tema, que no hay medio de adivinar cuál es el bueno, ni cuál el malo. Figúrese, una trama tejida por un niño ciego, asesorado por la locura, su inseparable compañera.

Cánd. Mitológicamente, conoce usted el amor.

Merc. Sí; pero mitológicamente nada más.

Cánd. ¿Por qué no se empapa usted en su lectura?

Merc. Porque me da miedo.

Cánd. ¿Quiere usted que hagamos una prueba?

Merc. Según sea ella.

Cánd. ¿Qué le parezco yo, como un tomo del libro del amor?

Merc. No está usted mal encuadernado.

Cánd. ¿Quiere usted que le muestre mi primer capítulo?

Merc. No señor, muchísimas gracias. Yo creo que el libro del amor, debe empezarse a leer por el último capítulo.

Cánd. ¿Por el matrimonio?

Merc. No señor; por el divorcio.

Cánd. Acaba usted de calabacearme de la manera más poética del mundo.

Merc. ¿Yo?

Cánd. Usted, sí señora.

Merc. ¿Pero es que eso de la lectura del primer capítulo del amor, lo decía usted en serio?

Cánd. Naturalmente.

Merc. ¡Ah! Pues yo lo había entendido mal; yo creí que hablaba usted por pasar el rato.

Cánd. Por pasar el rato, le hubiera hablado del sol, de la luna, de las estrellas.

Merc. ¡Vamos, sí; se hubiera usted elevado!

Cánd. ¡No se burle usted, Merceditas!

Merc. ¡Burlarme de usted! De ninguna manera. Me merece usted un concepto demasiado bueno para que me burle. Además; es usmi huesped, y debo guardarle toda clase de consideraciones.

Cánd. Entonces, ¿las calabazas a que yo aludía...?

Merc. Quedan retiradas; y en recompensa, quiero desagraviarle. Deme usted esa rosa.

Cánd. ¿La acepta usted por fin?

Merc. Sí; la acepto, para colocársela en el ojal. (Coge la rosa y se la pone en el ojal de la solapa.)

Cánd. ¿Luego puedo abrigar alguna esperanza?

Merc. Sí, hombre, sí; abríguela usted. Pero no ahora, que hace muchísimo calor. El amor, en el invierno, se deja sentir mejor.

(Por la izquierda salen CRISTOBAL, RAFAEL, ROSARIO y ONOFRE.)

Cris. ¿No les dije que la idea no era traerla, si no intentar otro ataque a la fortaleza?

Onofre ¡Acertadísimo!

Ros. Protesto de la huída. Eso es despreciar nuestra compañía, o por lo menos, demostrar predilección por la de Cándido.

Merc. No me culpen ustedes de semejante abandono. El es el culpable; yo quise acudir, pero me cerró el paso.

Raf. (El gachó este, no sabe que esta plaza tiene cerco.)

Cánd. Sí, es cierto; yo le cerré el paso, pero fué en castigo de no haber acudido a su tiempo.

Merc. Procuraré retrasarme en la primera reunión que tengamos, y así tendrá usted ocasión, para volverme a castigar.

Onofre No le habrá parecido el castigo muy duro, cuando quiere reincidir.

Merc. Es que yo soy incorregible.

Cánd. ¡Y yo, inexorable!

Merc. ¡Ay, qué miedo!

(CARMENCILLA saliendo por el Hotel.)

Car. Cuando gusten los señores, pueden pasar al comedor.

Cris. ¡Santa palabra!

Raf. La mejó que s'ha inventao.

Cris. ¿Vamos, señores?

Ros. Usted la primera, Merceditas.

Cánd. Eso, como castigo.

Ros. Un castigo muy bien impuesto.

Onofre ¡Y justificadísimo!

Cris. ¿Qué te parece?

Merc. Que protesto. No admito el castigo sin cometer el delito. Yo he de ser la última que pase esa puerta.

Cánd. Conozco la idea; seguramente es para que yo vuelva por ella. ¿A que he acertado?

Merc. ¡Ya lo creo!... ¡Tiene usted una penetración!...

Cris. Señores, que se enfrían las sopas...

Onofre Tiene razón; vamos.

Merc. Tú conmigo, Carmencita. Ya sabes que tu sitio es al lado mío.

Car. (Pasando a su lado.) ¡Muchas gracias, señita Mercedes!

Cris. Vayan pasando.

(Entran por el hotel Rosario, don Onofre, Cándido y don Cristóbal. Cuando ha desaparecido el último por el hotel, Mercedes cogida de Carmencita echa a andar. Rafael las mira satisfecho.)

Merc. Ahora nosotras.

(En este momento se presenta en la puerta del foro PEPE, vistiendo traje de rico ganadero, y como si acabara de dejar el caballo en la puerta.)

Pepe ¡Salud por esta casa!...

(Mercedes muestra una impresión muy desagradable, Carmencilla de alegría, Rafael muy alegre también, va a saludarle, pero uno y otro se detienen en sus manifestaciones al ver la actitud de Mercedes.)

Car. ¡El señorito Pepe!...

Merc. ¡Calla!...

(Pequeña pausa.)

Raf. ¿Qué será esto?...

Merc. ¿Qué se le ha perdido a usted en esta casa?

Pepe ¿Que qué se me ha perdío?... ¡Tiene gracia la pregunta!... ¿Acaso puedo yo buscar alhaja que para mí tenga más valor que tú?

Merc. ¡Si tuvieras sentimientos, como palabras tienes, no habría en el mundo alhaja que a ti se igualara!... ¡Y si en esta casa no vienes buscando más que a mí, hazte cuenta que no me has encontrao, y vuélvete por donde mismo has venido!

(Salen por el hotel DON CRISTOBAL, DON ONOFRE y CANDIDO.)

Cris. ¡Ahora soy yo el que no lo consiente!

Onofre } ¡Ni nosotros!...
Cánd.

Cris. ¡Ah!... ¡Si está aquí Pepe!... ¡Señores, ahora el retraso está justificadísimo, como dice usted, don Onofre!... Acaba de llegar su novio...

Cánd. (¡Su novio!)

Raf. ¡A este l'ha sentao mal la noticia!

Cris. Su prometido, desde hace cuatro años. (Se dan las manos, etc., etc.)

Cánd. (¡Y decía que no había abierto el libro del amor!)

Onofre ¡Hijo mío!

Cris. Llegas a tiempo... (Llamando.) ¡Lola!...

Lola (Saliendo por el hotel.) Mánduste.

Cris. Un cubierto más para el señorito Pepe.

Raf. (¡Me parece que hay mar de fondo!)

Cris. Pepe, da el brazo a Mercedes, y a la mesa.

Pepe (Dando el brazo a Mercedes, que ella acepta contrariada, aunque queriendo disimular) Con muchísimo gusto.

Cris. ¡A la mesa!...

Cánd. (Quitándose la rosa de la solapa y tirándola.) (¡Me ha dado el vermut!...)

Onofre ¡Hijo mío!

Lola ¡Al patíbulo los he visto yo ir más contentos!... (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. La verja aparece cerrada

—

(ROSARIO, CANDIDO, PEPE, RAFAEL y DON ONOFRE saliendo del hotel.)

Ros. Yo me he llevado un susto, que no me quiero acordar.

Onofre ¡Justificadísimo! ¿Eh?... Porque una muchacha que está toda la mañana tan alegre, tan bromista, y de pronto verse víctima de un ataque..

Pepe (A Rafael.) ¿Pero no se puede saber lo que tiene? ¿Por qué no se llama a un médico?

Raf. Porque según ha dicho ella misma, no es menesté, señó.

Pepe ¿Te ha dicho Lola si ha vuelto en sí?

Raf. Sí; eso en seguía. Dice que ya no tiene más que un poco de pesadé en la cabeza, y que su enfermedá s'ha reducío a un ataque de nervios.

Onofre Eso, nervios y nada más que nervios; es la única enfermedad que padecen las mujeres.

Cánd. Yo le había notado cierta tristeza...

Raf. De modo, que si me quieren creer, y quieren dar gusto a don Cristóba, pasen al senadó, que él no tardará en vení a tomá una copita de coñá con ustedes.

Ros. Vamos; yo creo también que no es nada.

Raf. Ni tanto así. (Vanse por la izquierda todos.)

(DON CRISTOBAL y LOLA saliendo del hotel.)

Lola Que no es na de cuidao, señito Cristóba... ¡Cuando yo se lo digo!...

Cris. Es que si hace falta que venga el médico, viene ahora mismo, aunque tengamos que ir a Málaga por él.

Lola Yo le digo a usté que sé la enfermedá que tiene la señita Mercedes; y en lo tocante al médico, pué ser que a estas horas lo tengamos dentro de casa.

Cris. ¿Entónces tú sabes?...

Lola Yo sé lo que sé, y no me pregunte osté más por la salú suya, señito Cristóba, que he jurao no desí ni una palabra.

Cris Las tuyas me tranquilizan, porque sé que quieres a mi hija casi tanto como su madre que esté en gloria...

Lola ¡Y no digo más porque sería un pecao mortá mú grande!

Cris. Carmencilla queda haciéndole compañía, y tú al cuidao por si ocurriera algo. Yo voy a cumplir con esos señores y a tomarme una copita de coñac en su compaña, que el almuerzo me está bailando unas seguidillas en el estómago.

Lola Váyaste tranquilo.

Cris. Esto me huele a tormenta amorosa. (Vase por la izquierda.)

Lola ¡A tormenta amorosa!... ¡Y lo que era menester es que soplara un buen viento y se llevara las nubes; porque como la tormenta estalle de verdá, vamos a tené que sentí.

Raf. (Saliendo por la izquierda) ¡Camará!... ¡Hay comisiones que no sirvo yo pa desempeñarlas!...

Lola ¿Qué te pasa que vienes hablando solo?

Raf. Pus me pasa, que don Cristóba dice que tú sabes la enfermedá que tiene la señorita Mercedes, y él está emperrao, en que como tú la sabes, la tengo que saber yo; porque entre marío y mujé no puede haber secretos. De manera que ya me la estás largando, pa que yo se la suelte a él, y nos queemos tranquilos.

Lola ¿Pero cómo te lo voy a decí, si ella m'ha confiao el secreto bajo palabra de que por mi boca no lo han de sabé?..

Raf. Por eso, tú me lo dices a mí, y aunque yo se lo diga a él, ya no lo saben por tu boca, lo saben por la mía. Vamos a vé, ¿qué enfermedá tiene la señita Mercedes?...

Lola La misma que yo... (Rafael le toma el pulso.) ¡No! No me tomes el pulso, que a mí no me duele ná.

Raf. ¡Si te entiendo, que me muera!...

Lola Mira, la señita Mercedes, lo que tiene, es una pelotera mú gorda con su novio; y como su padre no lo sabe, ni ella quiere que se entere, se ha fingío enferma pa meterse en su cuarto y no verse obligá a tené que alterná con él o a descubrí el disgusto.

Raf. Sí; pero como eso será una nubecilla de verano, y mañana estará to como una balsa de aceite, no había necesidá de armar toa esta trapisonda. En cuatro años que llevan de relaciones, les he conocío yo lo menos cincuenta peloteras.

Lola Pero ninguna como esta. Tú sabes que el señorito Pepe es un buen mozo, y que aparte de ti, es lo mejorcito que se pasea por Andalucía.

Raf. ¡Gracias, chata!

Lola El, por su cara, por su figura y por su labia, había lograo meterse en el corazón de la señorita, donde ella lo tenía guardao con siete cerrojos y diez llaves...

Raf. ¡Y que no habrá visto el gachó muchas cosas bonitas antes de llegar al corazón!

Lola ¡Rafael!..

Raf. ¡Calla, tonta! Si yo las he visto mucho más bonitas que él pa llegar al tuyo.

Lola Pos cuando más colá estaba ella y más entusiasmá con el cariño de su Pepe, le juega él la partiíta serrana de no parecer por su casa en veinte días, y por si esto era poco, recibe ella una carta de esas que van a toas partes sin que nadie las escriba...

Raf. ¿Cartas que no las escribe nadie?...

Lola Güeno; una carta de esas que no se sabe quién las manda, porque no llevan firma.

Raf. Entendío. *Un sudónimo.*

Lola En la que le dicen una cosa, que... ¡Vamos, una cosa, que si fuá verdá, era pa cogé un barco y largarse a la tierra de los loros y no gorvé a ver más al alma mía ese!...

Raf. Güeno; ¿pero qué le dicen en la carta esa?

Lola ¡Casi na!... ¡Que el señorito Pepe vive con una mujé y tiene un hijo!

Raf. ¡Azúca!...

Lola ¿Te explicas ahora que la señorita haiga hecho esta comedia, pa excusarse de alternar con él sin que su padre se entere de la causa?

Raf. Naturalmente; como que si don Cristóba sabe eso, coge al señorito Pepe y se lo manda a su padre en frarsiones... Pero como yo quiero a la señorita Mercedes como si la hubiera parío, este asunto quea a mi cargo; en cuanto pille una ocasión, cojo al señorito Pepe y no va a tené más remedio que confesarme del pe a pa tó lo que haiga de verdá en esto. Si lo der niño es mentira, antes de media hora está tó arreglao; pero como sea verdá, antes de cinco minuto ha tomao ese la carretera y s'ha largao de aquí sin que se entere ni la tierra.

Lola A ver cómo te las compones pa que don Cristóba...

Raf. Te digo que ni la tierra se entera de esto. (Mientras le pasa la mano derecha por la cintura.) Ya sabes tú que de lo que yo hago con la mano derecha, no se entera la izquierda...

Lola ¡Estate quieto, Rafael, que no está el día pa bromas!...

Raf. Anda, vete a hacerle compañía a la señorita, que yó te avisare cuando llegue la hora de ponerlos frente a frente, si es que hay necesidá de ello. Hasta luego y confía en mí. (Vase por la izquierda.)

Lola Dios quiera que tó esto no sea más que una nube de verano; porque esta pobre niña está que se le puede ahogar con un pelo. (Vase por el hotel.)

Ant. (Por fuera de la reja.) ¡Me caso con la má!... ¡También la verja cerrá por este lao, y a Carmencilla no se le ve er pelo por ninguna parte!... ¡Al hombre que nace probe debían darle garrote antes de vení al mundo, pa que asín no pudiera poner sus ojos en ninguna cosa imposible!

Car. (Saliendo del hotel.) ¡Ay, Dios mío!... ¡Lo que hace sufrir el cariño de un hombre!... Me da lástima de ver a la señorita, y me acuerdo de mí, que empecé a querer a uno esta mañana y ya estoy sufriendo también...

Ant. ¡Carmencilla!...

Car. ¡Antoñico!... ¿Ande vas a estas horas? ¿No ves tú que puén verte y tené otra regañuza como lo de esta mañana?

Ant. ¿Ande quiés que vaya?... A jaserte una pregunta vengo y a darte una noticia ..

Car. Pos dila en seguía, antes que venga mi pare.

Ant. Dime, ¿es verdá que tú me quieres?

Car. Hombre, ¿no te he dicho que sí?... ¿Quieres que te lo jure?...

Ant. Sí; júramelo por la gloria de tu mare.

Car. ¡Pero si mi mare no s'ha muerto!...

Ant. Pa cuando se muera.

Car. ¡Mira, Antoñico, no le desees la muerte a mi mare, que entoavía no es tu suegra!

Ant. ¡Pa cuando lo sea!... Pero júrame que me quieres con toa tu alma y que me querrá siempre.

Car. ¡Te lo juro por la salú de mi pare!

Ant. Con eso tengo bastante. Ahora escúchame la noticia: vengo a despedirme de ti...

Car. ¡Algún mal pensamiento traes tú hoy, Antoñico! (Abriendo un poco la verja.)

Ant. Pué ser que lo traiga; pero que te coste que no lo tenía; y que si ahora lo tengo, es por mó de quien yo me sé. Por mó de la que tié la curpa de que me pese tanto la vía; por mó de una personita, por una de cuyas pestañas solamente daría yo gustoso, a ser mío, er cielo que me cobija, el aire que respiro y hasta el agua que bebo... ¡Por ti, Carmencilla!... ¡Por tu cariño que quién quitarme, porque no tengo porvení, y vi a buscarlo!... (Entrando poco a poco.)

Car. ¿Aonde?

Ant. Aonde lo encuentre. ¿Hay en el mundo dinero y puen buscarlo los hombres, sin dejar de ser honrao?... ¡Pos yo lo encontraré!... ¡Pero quiero peirte un favó, Carmencilla de mi arma!

Car. (Sollozando.) ¡Píeme lo que quieras, Antoñico de mi corazón!...

Ant. Que me dejes saltá la tapia del jardín por el lao de la cochera y quearme escondío ahí hasta que llegue la noche y puá cogé la carretera sin que naide me vea.

Car. ¿Y me preguntas si te quiero, pa decirme que te vas?...

Ant. Sí; porque si tú me quieres, güervo. Si no me despido de mi casa pa siempre.

Car. ¡Y no te gorveré a ver más!

Ant. No t'apures, que tú sabrás de mí tós los días, porque yo te escribiré siempre...

Car. ¿Siempre?...

Ant. Siempre que tenga pa comprá el sello.

Car. Y si algún día no tienes, me mandas una carta diciendo: «No te escribo, porque no tengo pa el sello.» Y en seguía yo te lo mando...

Ant. ¡Dios te lo pague, Carmencilla! No te digo que bendita sea tu mare, porque m'acuerdo que me echó esta mañana a la calle de mala manera. ¿Me dejas que me esconda en el jardín hasta que sea de noche?...

Car. Ahora no, porque están los señores allí, pero vete por detrás de la tapia, y cuando tú veas que cae una rosa, es que te la echo yo pa avisarte que pués saltar...

(Sale ROSARITO por la izquierda y se queda contemplando a la pareja.)

Ant. ¡Y esa rosa me acompañará a toas partes, porque me haré cuenta que es tu retrato! ¡Hasta luego, arma mía!...

Car. ¡Adiós, Antoñico!...

(Vase Antoñico por la derecha; Carmencilla cierra la puerta y le sigue con la vista a través de la verja y le manda un beso con la punta de los dedos.)

Ros. ¡Que sea enhorabuena, Carmencita!

Car. (¡Josú!) ¡Señita Rosario, que no se vayasté a pensá ná malo!... Que ese muchacho es un conocío que pasaba, y...

Ros. Sí, mujer; un conocido, a quien enviabas un beso. Vamos, sé franca conmigo. Ese es tu novio, ¿verdad? (Carmencilla baja la cabeza, avergonzada.) ¿Por qué te avergüenzas de mí?... Si yo no lo he decir a nadie...

Car. ¿Ni a mi madre tampoco?...

Ros. A tu madre, menos; porque supongo que cuando te ocultas de ella es por que no debe saber nada de estos amores.

Car. Sí, señorita, sí lo sabe; pero aunque lo sabe, no lo sabe. ¿Usté sabe?...

Ros. A ver, explícame eso.

Car. No lo sabe, porque si supiera que sin que ella lo sepa sigo hablando con él, me mataba; y lo sabe, porque nos pilló juntos esta

mañana, y por poquito si me da una paliza, después de echarlo a él a la calle.

Ros. ¿No lo quiere?

Car. ¡Cá!... ¡Ni con armiba!...

Ros. ¿Tan malo es?

Car. ¡Qué va a ser malo!... ¡Si es más güeno!... ¡Misté si será güeno, y callaíto y humirde, que no se aterminaba a decirme que me quería, y se lo he tenío yo que decir a él!

Ros. Ese es un medio al que vamos a tener que recurrir todas las muchachas. ¿Y en qué se gana la vida tu novio? ¿Tiene oficio?...

Car. No, señorita; eso es lo único que no tiene: oficio. Pero por lo demás, es un hombre, pa una pobre.

Ros. ¡Ya lo creo!

Car. ¿Y usté no tiene novio, señorita?

Ros. No, hija mía, no.

Car. ¡Qué lástima!... Debe ser mu triste no tener novio, ¿verdá?...

Ros. ¡Ay!... ¡Muy triste!... ¡No lo sabes tú muy bien!...

Car. ¡Parece mentira!... ¡Con lo guapa que es usté!

Ros. Pues aunque a ti te parezco guapa, no ha habido un hombre que se atreva a decirme: «Buenos ojos tienes.»

Car. Yo, si estas cosas se pudieran ofrecer, le ofrecería el mío.

Ros. Muchas gracias, mujer; está muy bien empleado.

Car. Yo creo que la muchacha que no tiene novio, es porque no quiere.

Ros. ¿Porque no quiere?...

Car. ¡Digo!.. ¡Ya lo creo!... Hay un remedio, que no falla nunca. Hacen falta primero tres cosas; y luego, otras tres...

Ros. A ver, dimelas.

Car. Las tres primeras, son: robar un San Antonio, hacerle una novena y tener un muchacho que la ronde.

Ros. Las dos primeras son difíciles.

Car. Y las otras tres que le guste asté el muchacho que la ronde; que si él no se declara, que se declare usté a él; y por último, que él le diga que sí. Si después de hacer tó esto no se casa, se queda pa vestir santos.

Ros. Acabas de decir una verdad que no deja lugar a dudas.

Car. Misté: una amiga mía que vive aquí cerca, la hija del alcalde de Fuengirola, estuvo aquí el año pasao un día de visita y le robó a mi madre el San Antonio, porque había un muchacho que la rondaba. Le hizo la novena, se declaró ella a él, porque era muy corto de genio, y a los diez días ya eran novios. Nosotros lo supimos cuando vino a devolver el San Antonio con una libra de aceite... ¡Y se querían!... ¡Una barbaridad!... ¡Como dos tórtolos!...

Ros. ¿Y se casaron?

Car. No se casaron, porque hace tres meses se fué él con otra... ¡Que si no!... ¡Ya lo creo que se casan!...

Ros. Tu ingenuidad me encanta y no me cansaría de oirte; pero voy a ver cómo sigue Merceditas...

Car. ¿De verdá que no le dirasté ná a mi madre, señorita Rosario?

Ros. De verdad, vive tranquila. Sé que eres feliz con tus ilusiones, y no he de ser yo quien te las mate.

Car. ¡Permita Dios que se case usté antes de un año!...

Ros. ¡Adiós, simpática!... (Vase por el hotel.)

Car. ¡A toito el mundo le parece bien que tenga novio, menos a mi madre!... Y a mí me parece que una muchacha sin novio es como una flor que no huele... ¡Si mi madre se acordara de cuando ella tenía mis años, no pensaría de la misma manera que piensa... (Vase por la izquierda.)

(Por el mismo lado salen CRISTOBAL, CANDIDO y ONOFRE.)

Crís. Les advierto que tirando carambolas he puesto yo el mingo en todas partes.

Cánd. Y habrá usted ganado siempre.

Crís. ¡Siempre!

Cánd No me extraña. Pero conmigo se ha caído usted, porque yo cojo el taco y le hagò trescientas en un minuto.

Crís. Las hará usted a máquina...

Cánd ¡Más de prisa! ¡Y no tiro dos iguales! De retroceso, de bola a bola, por tablas... ¡Y nada de chiripas, eh!... ¡Todas con orden y concierto!... Es decir, que si quiero, tiro una bola y le hago tocar las cuatro bandas.

Onofre ¡Y ya comprenderá usted que para que toquen las cuatro bandas tiene que haber concierto.

Cris. ¡Indiscutible! Pues nada, Candidito; le desafío a una partida de cincuenta.

Cánd. Es poco; no tendría tiempo ni aun para coger el taco.

Cris. Pues a doscientas.

Cánd. Aceptada. Pero, Pepe, ¿no nos acompaña?

Cris. Creo que Rafael tiene que hablarle sobre la venta de unos potros. En seguida vendrá. ¿Vamos?

Cánd. Andando, y vamos a ver quién es el que lleva el gato al agua.

Onofre Suponiendo que el gato no haya bebido todavía. (Vanse los tres por el hotel.)

(Salen RAFAEL y PEPE por la izquierda.)

Raf. Le he dicho que no se comprometiera en esa partida de billar que han formao don Cristóbal y don Cándido, porque necesitaba que usté y yo echáramos otra partía un poco más seria.

Pepe ¿Más seria?

Raf. Sí, señó; más seria, porque se trata de un juego...

Pepe ¿De azar?...

Raf. ¡Y envite!...

(Le indica que se siente y lo hacen los dos.)

Pepe Pues empieza a barajar y el que pierda que pague.

Raf. Le advierto a usté que me parece que le he visto el juego, y que como no escondasté las cartas, la partía es mía.

Pepe Y yo te advierto que acostumbro a jugar con las cartas boca arriba, y que no oculto los triunfos.

Raf. Pero sus triunfos en esta ocasión creo que son sotas, y estasté expuesto a que le hagan tute.

Pepe ¿Te parece que nos dejemos de indirectas y vayamos derechos al grano? Porque por lo que veo, el asunto que tú te traes, no es cuestión de juego.

Raf. No, señó; es un poquiyo serio.

Pepe Pues para luego es tarde.

Raf. Usté sabe que desde esta mañana está la señorita Mercedes enferma, y que la causa de la enfermedá...

Pepe La conozco: celos.

Raf. Pero celos...

Pepe ¡Injustificados!...

Raf. ¡¡Justificadísimos!! Como dice don Onofre. Y volviendo otra vez al tema del juego... Cuando yo arrastre, hagasté el favó, por lo menos, de servir al palo. Y ya que me ha dicho antes que este asunto no parecía cosa de juego, le diré que estasté jugando con dos barajas: una pa ganá y otra pa no perdé. Pero yo, que me he propuesto arreglar este asunto, digo: «Copo», y levanto el tapete.

Pepe Me vas poniendo en cuidao. Habla claro de una vez, hombre.

Raf. Vamos a ve, señorito Pepe. Por mi edá, por el papel que represento en esta casa, y por el cariño que tengo a esta familia, a la que como el pan hace treinta años, no extrañará que me encuentre autorizao pa pedirle explicaciones con resperto a la condurta que usté usa con la señorita Mercedes. Y que salvando la distancia que haiga der señorito al criao, le debo merecer un poquiyo de respeto.

Pepe Sí, hombre, sí. Aunque no sea más que por la edá... Porque tú debes tener ya, tus cuarenta años...

Raf. ¡Con quince días!... (Sacando el reloj) Y tres horas. Porque nací el treinta de junio a las doce del día... (Esto de la hora lo sé por mi madre, porque entonces toavía no gastaba yo reló), y estamos a quince de julio, y son las tres de la tarde...

Pepe ¡Matemático!... ¿Pero a qué viene todo esto?

Raf. Viene a decirle, que lo que usté está haciendo con esa pobre niña, no es digno de un caballero....

Pepe ¡Rafael!...

Raf. Tengasté un poquito de carma; y si luego me pruebasté lo contrario, me pongo de rodillas, le pido perdón, y hasta le beso los piés. Pero no es de buenos sentimientos sostener relaciones formales y haber dao palabra de casamiento a una muchacha que l'ha entregao su corazón y sus cinco sentíos, cuando se vive con otra mujé, y se tienen... ¡Tres hijos! (Aparte.) Yo le pongo dos más, por lo que él rebaje.

Pepe ¡Miente quien haya dicho eso!...
Raf. ¿No son tres?
Pepe No.
Raf. Vamos a dejarlo én la mitá.
Pepe ¡Hablemos formal, Rafael!
Raf. Güeno, pos en la tercera parte, y de aquí no rebajo ná ¡Usté vive con una mujé, y aunque esa mujé no es de su clase, ni mucho menos, se encuentrasté amarrao a ella por el lazo más grande que hay en el mundo: el de un hijo!... Y si tiene usté algo en el lao izquierdo, no tendrá más remedio que dar su nombre a esa mujé, pa que el día de mañana que esa criatura le pregunte a su madre que quién es su padre, pueda decirle: «Este.» Y no tenga que bajar la cabeza ni verse despreciao por una culpa que él no ha cometío.
Pepe ¿Y he de renunciar a la mano de Mercedes?
Raf. ¡Naturalmente!...
Pepe ¡No!... ¡Antes renunciaré a esa mujer y a ese hijo, si es preciso!..
Raf. Y el cariño de padre se lo juegasté a la brisca. Con eso no me probará más que una cosa: que quiere usté parecer peor de lo que es... ¡Porque usté no es malo!
Pepe ¿Y si la existencia de ese niño no fuera un inconveniente para Mercedes?... Si yo le pido perdón, le prometo volver al buen camino, olvidar mis trapisondas, vivir únicamente para ella... ¡Queriéndome como me quiere con toda el alma!... ¿No acabaría por perdonarme y hasta por abrirle los brazos a esa criatura?
Raf. Me parece que no...
Pepe Ella es buena... tiene buenos sentimientos.
Raf. Por eso precisamente; porque tiene buenos sentimientos y es buena no consentirá nunca en quitarle el nombre de madre a otra mujé... Por lo demás, es posible que le perdone y que mordiéndose el alma de pena le diga: Que Dios lo ampare.
Pepe Al pecador que confiesa, se le absuelve.
Raf. Después de cumplir la penitencia.
Pepe Aceptaré la que ella me imponga; pero quiero oirla de su boca. ¿Soy el primero que ha pecado en esa forma?

Raf. Ni el último tampoco. Cuesta muy poco trabajo engañar a una mujé.

Pepe Tú sabes que quiero a Mercedes demasiado para engañarla ¿Qué hombre soltero no tiene un pasatiempo? ¿Estoy yo obligao por ventura a casarme con la primer mujer que me tropiece? Sé razonable, Rafael. Tú que tienes atribuciones para pedir cuenta de mi conducta, y yo te respeto y te las doy, debes tener también influencia para convencer a Mercedes de que mi pecado es perdonable... Esa mujer a que te refieres no es digna de mi nombre... Mis amores con ella fueron una locura, una cosa de esas que nacen de una juerga, entre los vapores de la manzanilla, el puntear de la guitarra y la copla que se lanza al aire... Un pugilato entre cuatro amigos de buen humor... Empezó por una apuesta, siguió por un devaneo...

Raf. ¡Eh! Pare usté la jaca... Eso se lo he oido yo decir a don Juan Tenorio. Pero le advierto que no vaya usté a tomar a la señorita Mercedes por doña Inés, ni a mí por Chutis; porque si su padre, que no es el Comendador, se entera de toa esta trapisonda, es facil que coja un garrote y acabe con tóo esto a estacazo limpio.

Pepe Rafael, tú también habrás tenido veinte años.

Raf. No estoy cierto; pero tengo una idea de que sí.

Pepe Y, como yo, has tenido tus quebraderos de cabeza.

Raf. No, señó; fuera parte de mi Lola, no he tenío trato con más hembra que la manzanilla; y eso porque me gusta mucho y a mi mujer no podía darle celos.

Pepe ¿Estás seguro de eso?

Raf. Segurísimo. ¡Si lo sabré yo!

Pepe ¿Y el lío que tuviste con Pepa la Rondeña?

Raf. ¡¡Chist!! (Como si temiera que le oyesen.) Haga usté el favor de hablar más bajo. Cuando eso no conocía yo a Lola.

Pepe Yo creo que sí; pero pase por alto la Rondeña. ¿Y lo de Paca la Buñolera?

Raf. (Tosiendo exageradamente.) ¡Ejem! ¡Ejem!

Pepe ¿Te se ha agarrao el aceite a la garganta?

Raf. No, señó; pero es que en aquella época Lola no era más que mi novia.

Pepe ¿Y cuándo Juanilla la Cantaora?

Raf. Entonces estaba yo ya casao, hombre... Y cállese usté ya, por su salú, que me está usté metiendo el corazón en un puño. ¿Pero por quién sabe usté toas estas cosas?

Pepe Por ti, hombre. Sin pensar que un día te habías de convertir en mi confesor, te declaraste penitente y me confesastes tóos tus líos.

Raf. ¿Y no me quedé múo ni ná?

Pepe Por lo visto, no.

Raf. Güeno; pero porque yo lo haiga hecho, no es una razón pa que usté lo haga... Además, yo no he tenío hijo con ninguna mujé.

Pepe ¡Ni yo tampoco, so lilá! ¿Pero quién ha traído aquí ese infundio?

Raf. Un *amónimo* recibío por la señorita.

Pepe ¡Ah, vamos! Mi cuento.

Raf. ¿Cómo?

Pepe Sí, hombre. Un cuento que yo inventé porque me tuvo cuenta inventarlo, pa deshacerme de una chiflá que se le había metío en la cabeza casarse conmigo.

Raf. Entonces ¿por qué me ha seguío usté la corriente?

Pepe Porque quería saber a dónde ibas a parar con tu historia y las proporciones que había tomado esta tormenta, formada por una broma.

Raf. ¿Entonces me explicará usté?...

Pepe No, primero a ella, después a don Cristóbal si es preciso, y a ti y a Lola...

Raf. Sin nombrar pa ná la Buñolera ni...

Pepe Tranquilízate. Anda, llama a la señorita y muéstrate ante ella convencido de mi culpa... Quiero ver hasta qué punto le han envenenado el alma, para tener el gusto de ser yo quien le dé el contraveneno y devolverle la alegría. Verás cómo esta tormenta queda reducida a una nubecita de verano. Llámala... Dile que quiero despedirme de ella.

Raf. (Indicando a MERCEDES que sale con ROSARITO del hotel.) Ahí la tiene usté.

Ros. El permanecer todo el día encerrada en su cuarto hubiese sido una locura, Merceditas;

el aire puro y la brisa del mar le devolverán las fuerzas perdidas.

Mer. Pero si no tengo nada. Fué simplemente un ataque de nervios, y ya pasó.

Ros. ¡Ah! Está aquí don José.

Pepe ¿Le extraña encontrarme aún?

Ros. Efectivamente; me había dicho Merceditas que un asunto urgente reclamaba su presencia en Málaga, y que ya se había usted despedido de ella.

Pepe Sí; un asunto urgente... Pero he podido solucionarlo por el teléfono, y puedo disponer de unas cuantas horas más.

Ros. Pues lo celebro, y felicito a Mercedes.

Mer. (Con marcada tristeza.) Yo también me alegro.

Pepe (Idem.) Y yo.

Raf. (Más triste que ninguno.) ¡Tóos! ¡Tóos nos alegramos mucho!

(Pausa.)

Ros. (Me parece que aquí estorbo.) Vaya, voy un ratito a ver jugar al billar.

Mer. ¿Se marcha usted, Rosarito?

Ros. Un momento. Vuelvo pronto.

Mer. Como guste.

Ros. (Inspeccionando con la vista la actitud de Mercedes y Pepe.) ¡Adiós, eh!... Y alégrese usted, don José, que ya está completamente buena. Y usted, Merceditas, puesto que su novio, gracias al teléfono, dispone de unas horas más para estar a su lado... Vaya, hasta luego. (Vase por el hotel.)

Raf. (A Mercedes y refiriéndose a Pepe.) ¡Convirto y confeso!

Mer. Entonces yo también me voy...

Pepe ¡No! Quédate, Mercedes.

Raf. Quédese usté, señorita. Confesó de plano, y le indiqué el castigo No está conforme con el fallo del jué, y apela al Tribunal Supremo. Yo me largo. (Vase por la izquierda haciendo señas a Mercedes de que no crea en la culpa de Pepe, hasta que éste se da cuenta.)

Pepe Es para mí esta entrevista que me concedes más buena que si me la hubiera recetado el médico.

Mer. Sólo que yo ahora no puedo servirte de medicina, como en otros tiempos te he servido.

Pepe Mercedes, escúchame. Te lo pido por los

ojitos de tu cara, que es la única luz de que yo dispongo en este mundo.

Mer. Eso era antes; pero de poco tiempo a esta parte se conoce que te pasas la vida en feria perpetua, y aprovechas la luz de cuantos ojos encuentras a tu paso, sin duda para instalar las iluminaciones .. Deja mis ojos... No te ocupes de echarme flores, que no las necesito... vivo entre ellas, y además, las tuyas vienen ya marchitas.

Pepe Pero traigo ahora para ti un pensamiento recién nacido.

Mer. Pues échalo en agua para que se mantenga fresco, y di pronto lo que tengas que decir y déjate de bromas y chirigotas.

Pepe Ya me tienes más serio que un perro de presa.

Mer. No has podido poner comparación que mejor te cuadre.

Pepe Mi comparación se refiere a la formalidad.

Mer. Y la mía al instinto.

Pepe ¿Quieres que hablemos formal?

Mer. No creo que me hayas supuesto con ganas de bromas.

Pepe Quiero ser franco contigo... quiero hablarte con el corazón en la mano.

Mer. Tendrás que alquilar uno, porque no creo que tengas ese chisme.

Pepe Tal vez has dicho una verdad mayor de lo que piensas... No lo tengo, porque te lo entregué y todavía no me lo has devuelto.

Mer. En ese caso has tenido varios; pero has sido demasiado liberal para repartirlos, y al fin te has quedao sin ninguno.

Pepe Estás cruel conmigo.

Mer. No tanto como tú. ¿Te quejas de mí y aún cruzo mi palabra con la tuya? ¿Pretendías, acaso, que te recibiera con la sonrisa en los labios?

Pepe Es que quiero sincerarme a tus ojos, Mercedes... Quiero hacerte comprender que ni por un día de ausencia, ni por cinco ni veinte, se apaga el fuego que hay aquí dentro... Deseo que te convenzas de que para mí eres la única... quisiera hacerte recordar los ratos que hemos pasado en amoroso coloquio, mirándonos, tú en mis ojos, yo en los tu-

yos; bebiendo nuestros propios alientos, soñando con la inmensa felicidad de llamarme tuyo, y llamarte mía ..

Mer. ¡Castillo de naipes que vino al suelo con el soplo de tu traición!

Pepe ¡No! Muralla de granito que no se derrumba porque está cimentada por un cariño firme. ¿Qué importa que una nubecita de verano haya oscurecido el cielo de nuestra dicha si un sol de estío viene a abrasarnos con sus amorosos rayos?... ¿Cómo voy a conformarme con tu olvido, si aún resuenan en mis oídos las palabras con que nos despedimos en nuestra última entrevista... «¡Hasta mañana, vida mía!» te dije, apretando entre mis manos una de las tuyas... «¡Hasta mañana, Pepe de mi alma!» me dijiste.

Mer. ¡Y aquel mañana, aquellas veinticuatro horas que faltaban para tu vuelta, las convertistes en veinticuatro días!... ¡Multiplicando eres un fenómeno!

Pepe También he multiplicado mi cariño.

Mer. Sí; pero has tenido que dividirlo por dos, y al fin te ha salido un residuo que tendrás que unir al cociente y sumarte a ellos.

Pepe ¿Y si el *cociente* fueras tú?

Mer. ¡No! Yo no admito *residuos* de otras cuentas; y si no traes otra pretensión que la de convencerme de que tus devaneos fueron nube de verano, y con una sumisión y una humildad aparente buscas mi perdón, desiste de tu empeño. Olvida esta casa, olvida mi nombre, y no te acuerdes siquiera del mal que me has hecho... Piensa únicamente en que eres padre, tal vez autor de la deshonra de alguna infeliz, y vé a cumplir con tu deber... A mí, como nada me debes, nada tengo que reclamarte. (Pepe ríe.) ¿Y aún te ríes?

Pepe Sí; me río de mi paternidad, de tu inocencia, y de toda la trapisonda que ha traído consigo una palabra.

Mer. ¿Qué dices?

Pepe Que ni yo soy padre de nadie ni tengo hijo ni he querido en mi vida más mujer que a ti; y que de todo esto ha tenido la culpa una novela que yo he inventado. ¿Quieres que te la cuente?

Mer. Si es novela, no; si es verdad, sí.

Pepe Mira: tú sabes que mi padre tiene negocios con un señor de Pizarra, y que con motivo de esto hago frecuentes viajes a su casa.

Mer. Lo sé.

Pepe Pues bien; este señor tiene una hija que aunque la dota en cincuenta mil duros, no encuentra quien cargue con ella; porque es más fea que pegarle a un padre...

Merc. ¡Pobrecita!

Pepe El angelito tuvo la desgracia de enamorarse de mí, y cada vez que iba a su casa me traían frito entre la hija y el padre. Ella mirándome con ojos de carnero medio muerto, y el padre con sus consejos. «Que si mi niña le conviene, que si usted le conviene a mi niña», total: que un día me cansé y aprovechando la ocasión de que me daba un consejo en presencia de ella, le dije: mire usted, don Crispín (porque se llama don Crispín)...

Merc. ¡Qué nombre más bonito!

Pepe En su tierra tóos son zapateros. Es de Cuevas del Becerro.

Merc. Sigue.

Pepe Mire usted, yo no me puedo casar con su hija ni con nadie, porque vivo con una mujé y tengo un hijo. Excuso decirte que la noticia cayó como una bomba; al padre se le pusieron los pelos de punta y no se le cayó el sombrero porque estaba descubierto; la niña se santiguó diez veces, y de la impresión se puso más fea de lo que era; luego se enteró que tenía relaciones contigo y por si no había sido tan franco para ti como lo fuí para ella, averiguó tu nombre y domicilio y te puso el anónimo. Y como tú sabes que los andaluces somos tan exageraos, se fué aumentando la noticia de boca en boca y a estas horas no es un hijo lo que tengo, son lo menos diez. ¡En fin, a ti te han dicho que uno y Rafael acaba de decirme que son tres! ¡Cuando yo no tengo más que dos!

Merc. ¡¡Dos!!

Pepe Dos; ¿quieres verlos? Mírame a los ojos... ¿no ves dos niñas? (Cogiéndole las dos manos y clavando sus ojos en los de ella con pasión.)

Merc. (Capitulando.) Sí.

Pepe Pues son las de los tuyos que se reflejan en

los míos. ¡Parece mentira! ¡Dos niñas que son mías y que no se me permita darles un beso! ¡Mira que soy desgraciao!

Merc. ¡Mira que eres granuja! ¿Y quién me prueba que es verdad todo lo que acabas de decirme?

Pepe Mi padre, si es preciso, está dispuesto a justificarlo. ¿Te convence ese testigo?

Merc. Sí, me convence... pero vamos a cuentas; ¿de los veinticuatro días que no te has acordao del santo de mi nombre, cómo te disculpas?

Pepe ¿Vamos a correr un velo sobre eso?

Merc. No, no, no. Nada de velos; las cosas claras.

Pepe Bueno, no seas curiosa; ya sabes lo que pasa entre gente joven y de buen humor... tres días en el empalme, seis en Sevilla, cuatro en Jerez y... ¿quién sale de allí sin visitar las bodegas del Marqués de Misa, ni vuelve para atrás sin recorrer el mismo itinerario? Conque no seas rencorosa y dime ya con la boca lo que me estás diciendo con los ojos... que me perdonas y que me quieres tanto como yo a ti, porque más no es posible.

Merc. Siempre te has de salir con la tuya.

Pepe ¿Vamos a firmar la paz aunque sea con un besillo muy chiquititillo?

Merc. ¡Mira, Pepe, no seas sinvergüenza!

Pepe Si es en la mano, mujé; así. (Besándola en la mano hasta que se ve sorprendido por CARMENCILLA que sale por la izquierda.)

Car. (Al ver que Pepe besa la mano a Mercedes) Que sea enhorabuena, señita Mercedes.

Merc. Gracias, Carmencita.

Car. Y ya que es osté tan feliz en este momento no se olvíe osté con su feliciá de la desgracia de los pobres. (Queriendo contener el llanto.)

Pepe ¿Qué te pasa?

Merc. ¿Qué pena te aflige a ti, chiquilla?

Car. Se acuerda osté de aquél muchacho tan simpático, de qnien le hablé esta mañana, y que le dije que era mi...

Merc. Sí, era tu novio.

Pepe ¿Qué le ha sucedido?

Car. Que como mi madre lo echó a la calle porque no tiene porvenir, dice que se va a buscar fortuna y ya no lo veré más. (Sollozando.)

Merc. ¿Y por eso lloras, inocente?

Car. Es que usté no sabe lo que es vivir en despoblao, no tené más que un novio y que se le vaya a una... ¡con el trabajo que me costaría luego encontrar otro!

Pepe ¿Y dónde está ese mocito?

Car. En el jardín está escondío con su equipaje, esperando que sea de noche pa irse por la carretera abajo.

Merc. Dile que venga.

(Carmen va a iniciar el mutis por la izquierda a tiempo que sale por el mismo lado RAFAEL, trayendo cogido por el cuello a ANTOÑICO. Este trae en la mano un lio hecho con un pañuelo de hierbas.)

Raf. ¡Ven acá, granuja!... ¡Ahora mismo me dices qué es lo que hacías ahí escondío o te estrangulo!

Ant No me pegue osté que yo le diré la verdá.

Car. ¡Papá, por Dios!

Merc. ¿Es éste?

Car. Sí, señorita.

Pepe (Interponiéndose.) Rafael, déjalo, que tienes entre tus manos a tu hijo político.

Raf. ¿Este ladrón?

Car. No, papá; no es un ladrón, que viene por mí.

Raf. ¿Que viene por ti y no es un ladrón?

Car. Es mi novio.

Ant. Sí, señor; soy mi novio,.. digo soy su novio.

Raf. ¡Puñales!

Lola (Saliendo por el hotel.) ¿Se pué saber lo que pasa?

Raf. Pregúntaselo a tu yerno.

Lola ¿Y quién es mi yerno?

Raf. Pregúntaselo a tu hija.

Lola ¿Otra vez por aquí Antoñico?

Merc. Lola, ¿me permites que me interese por este muchacho?

Car. Sí, señita Mercedes.

Raf. ¿Pero a ti quién te pregunta?

Lola ¡Digo, le paece a osté?

Merc. (A Antoñico.) ¿A ti te gusta Carmencita?

Ant. ¡Más que el pan frito! Ya lo sabe ella.

Merc. ¿Y tú la quieres de verdá?

Ant. ¡Con toa mi alma! ¡También lo sabe ella!

Merc. (A Carmen) ¿Y tú a él lo quieres?

Car. ¡Con tóo mi corazón! Ya lo sabe él.

Raf. ¡Y con toa tu poca vergüenza, los que no sabíamos na éramos nosotros!

Merc. ¿Pero ustedes saben quién es él?

Lola El hijo del peón caminero de ahí más arriba.

Raf. ¡Que es un porvenir!

Pepe ¿Y qué es lo que te llevabas tú por esos mundos pa buscar...?

Ant. En el pensamiento, a Carmencilla; en este lío un capote de brega (Desenvuelve el lío y saca de él un capote de brega lleno de remiendos y descolorido) y en el pecho un corazón mu grande pa buscar la fortuna delante de los toros o la muerte en los cuernos de uno.

Lola ¡Adiós, fenómeno!

Car. Pa que vea osté si me quiere.

Merc. Al principio, todos.

Pepe Yo me encargo del porvenir de este muchacho.

Merc. Y yo. (A Antoñico.) Si deseas trabajar y eres honrado, te casarás con Carmencita.. No busques el porvenir en ninguna parte; mañana hablaremos de esto.

Ant. ¡Que la *vigen* der Carme le pague a osté esta ación y le conserve tóa la vía ese tesoro que tiene osté por novio!

Merc. Gracias, hombre.

Car. ¡Es mu fino!

Lola No, como labia tiene.

Raf. Naturalmente; por argo se ha chiflao la chiquilla.

Car. ¡Que Dios se lo pague, señorita!

Lola ¿Pero a quién habrá salío esta criatura con tantas ganas de casarse?

Raf. A ti, mujé. ¿No te acuerdas? De tal palo tal astilla.

(Por el hotel salen DON CRISTOBAL, DON ONOFRE, ROSARITO y CANDIDO.)

Cris. Y no hay más que hablar; mi casa, mi persona y mi familia...

Onofre Obligadísimo.

Cánd. Honradísimos.

Ros. Y agradecidísimos.

Cris. (A Mercedes y Pepe.) Aquí os quería yo coger, par de tunantuelos. ¿Conque de monos y yo sin saber una palabra? ¿Se puede saber qué ha sido ello?

Merc. Nada, una tontería, papá.

Pepe Nubes de verano, don Cristóbal.

Onofre Cosas de novios, ¿verdad?

Merc. Sí, señor; cosas de novios.

Cris. Pero ya habrá concluído todo.

Merc. Todo completamente.

Onofre Pues nosotros nos marchamos dentro de unos minutos.

Merc ¿Ustedes?

Onofre Sí, Mercedillas; me acaban de decir por el teléfono que mi automóvil, reparado ya de la pequeña avería que sufrió en el camino, hace un cuarto de hora que salió para acá, y nosotros, aprovechando la frescura de la noche, habíamos pensado seguir nuestro viaje tan pronto como se ponga el Sol.

Merc. Pero como seguramente esa idea no ha partido de usted, protesto y me opongo.

Cris. ¿Lo ponemos a votación?

Pepe Cuente usted con mi voto si sirve de algo.

Cris. ¿No ha de servir?

Ros. Y con el mío, don Cristóbal; me encuentro muy a gusto al lado de Mercedes.

Merc. Gracias, Rosarito; hoy quisiera que todo el mundo participara de mi alegría.

Cris. Lola, ¿tú opinas que deben marcharse?

Lola Yo opino que se queden.

Cris. ¿Y tú, Rafael?

Raf. Yo digo que si insisten en largarse, le estropeo uno de los caballos al artómovil para que los demás no anden tampoco.

Onofre Ni una palabra más. Ante esos argumentos no hay quien resista; me rindo y soy vuestro prisionero.

Merc. El único que no da su conformidad es Cándidito.

Cánd. ¡Por Dios, Mercedes! Solo me resta el felicitar a don José por la preciosa joya que en usted atesora.

Cris. ¡Bonita frase!

Onofre ¡Justificadísimo!

Cris. Rafael: trae un par de botellas de manzanilla, que esta tarde la bebe hasta don Onofre

Onofre ¡¡Yo!!

Ros. Sí, papá.

Raf. Sí, don Onofre.

Cris. Hay que brindar por la eterna alegría.

Raf. Y el que brinda por la alegría sin beber manzanilla, es como el que le faltan cinco pesetas pa tener un duro. (Vase Rafael por la derecha.)

Cris. Su despedida tendrá lugar mañana.

Pepe. Y desde luego con mi asistencia; porque aunque me vaya esta noche, estoy aquí al amanecer.

Merc. Mira que amanece muy temprano.

Lola Si a usté le va aparecer esta noche más larga que un día sin pan.

Merc. ¡Lola!

Lola Si es verdad, señorita. ¿Qué es lo más hermoso de este mundo?

Raf. (Saliendo con una botella y un cañero.) La manzanilla.

Cánd. El amor cuando hay dos personas que se quieren bien.

Raf. Ha tenido usté un lleno, don Cándido; ¿pero dónde brilla el sol con más alegría? En Andalucía, porque el vino disipa las nubes.

Cris. Señores: brindemos por la felicidad de todos los presentes.

Onofre (Levantando la caña y aludiendo a Mercedes y a Pepe.) ¡Por la vuestra!

Pepe (Lo mismo.) ¡Por la de ustedes!

Raf. (Lo mismo y aludiendo a Lola.) ¡Por la del que venga!

Onofre ¡Muy bien dicho! Ante todo hay que tener en cuenta las palabras de Jesucristo: «¡creced y multiplicaos!» (A Mercedes y Pepe.) ¡Que no se os olvide el encarguito, niños! (Todos beben; don Onofre paladea la manzanilla y haciendo un mohín desagradable, dice:) ¡Que me la den cocida! (Todos ríen. Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Obras de Antonio Calero

El maestro Zaragata. Entremés.

¡Vaya caló! Idem.

La Mari-Pepa. Entremés, con música del maestro Rafael Fernández.

El cuarto número 10. Juguete cómico en un acto. (1)

Gente de playa. Zarzuela en un acto y tres cuadros, música del maestro Pascual Parera.

La florera. Idem íd. íd.

Lirios, espinas y espinacas. Juguete cómico en un acto.

De prueba. Entremés, con música del maestro Salvador Lozano.

Amor libre. Idem íd. íd.

¡Don Juan!... ¡Don Juan!... Parodia, con música del maestro Salvador Lozano.

La escuela de los fenómenos. Caricatura taurina en un acto, con música del maestro Bautista Monterde.

Curro Achares. Entremés.

El niño de la bola. Idem. (2)

¡Donde hubo fuego!... Idem. (2)

La hija del condenado. Drama en cuatro actos.

El soldao prodigio. Entremés. (3)

El huertecillo. Zarzuela en un acto y tres cuadros. (4) Música del maestro Bautista Monterde.

S. M. el Arte. Revista en un acto y cuatro cuadros. (4) música del maestro Bautista Monterde.

El bautizo del nene. Sainete en un acto. (4) Con música del maestro Bautista Monterde.

Amores de antaño. Paso de comedia en medio acto.

Sangre virgen. Drama lírico en un acto y cuatro cuadros. (4) Música del maestro Bautista Monterde.

El triunfo del Trianero. Sainete en un acto. (5)

Nubecita de verano. Comedia en dos actos.

---

(1) En colaboración con Antonio Alcaide.
(2) Idem con Fernando Vallejo.
(3) Idem con Antonio Méndez y Menéndez.
(4) Idem con Enrique G. Rubiales.
(5) Idem con César García Iniesta.


3 0112 117468113